

Sanz Irles

Leontiel



Sanz Irles
Leontiel

anantes
ebook

Somos editorial y
productores de cultura
Catálogo completo en
www.anantescultural.net

anantes

Primera edición digital: Mayo 2022

© LUIS SANZ IRLES

© ANANTES GESTORÍA CULTURAL

www.anantescultural.net

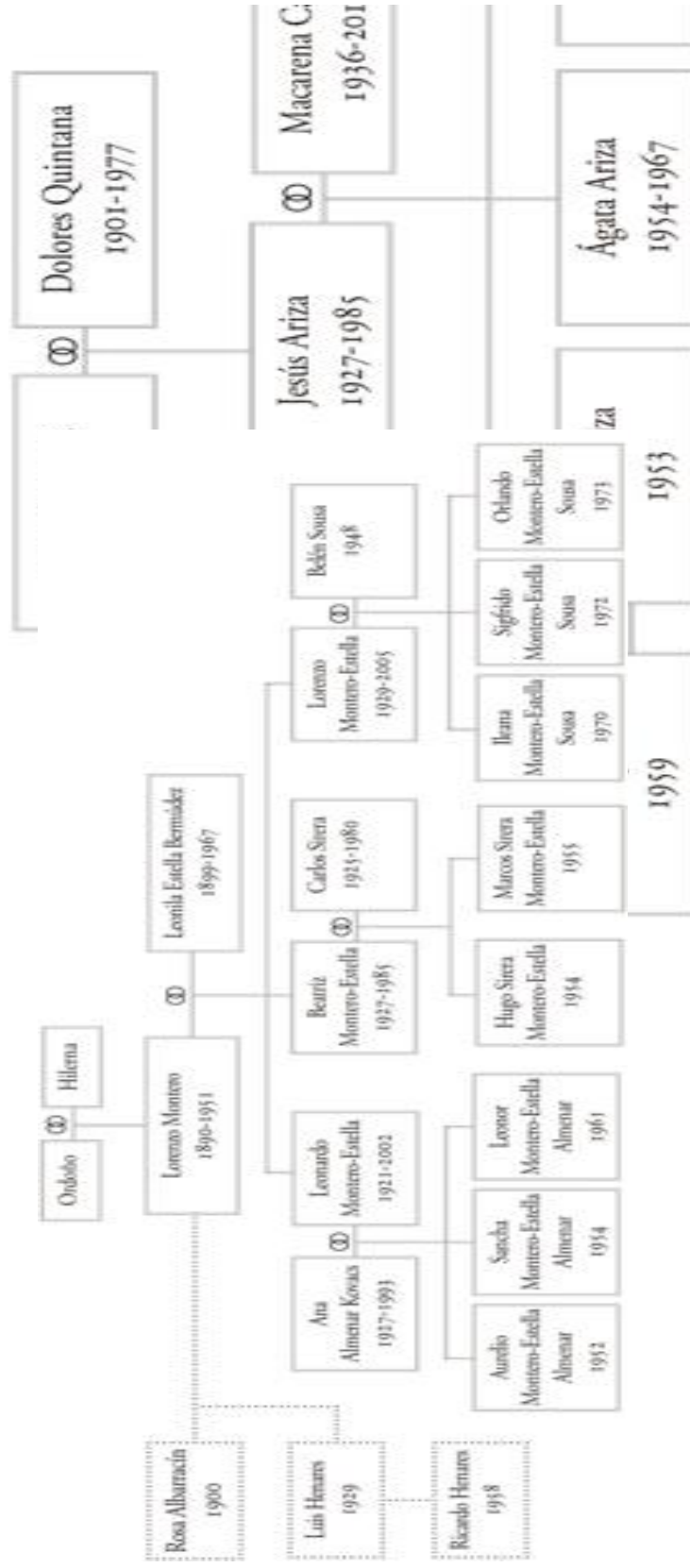
Diseño y maqueta: [Anantes Gestoría Cultural](#)

Motivo de cubierta: Sarah Stilwell Weber, *Mujer con leopardos*

ISBN: 978-84-124611-4-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático o de venta por internet, ni compartirlo con fines lucrativos en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

*To Virginia, Marcello, Cecilia, Erik and Harald,
for powerful reasons.*



I

Y BAJARON LAS AGUAS

Los Montero-Estella han mandado siempre en Leontiel.

Bajaron las aguas, posose la paloma sobre el monte Ararat con un ramo de olivo en el pico, abrió Noé la compuerta del arca y entre las primeras parejas en salir había un Montero y una Estella. Sometieron al caballo alazán y a la yegua ruana, porque ya entonces sabían dar órdenes, y después de meses de extenuantes galopes, alimentándose de amargas raíces y bayas que colgaban en prietos racimos coronados de espinas, y de peces de los cientos de estanques y lagos y esteros que atravesaron —pues las desgastadas aguas se retiraban despacio y dejaban tras de sí fértil limo en algunas regiones y lechos, en otras, de estériles pedregales—, llegaron aquí, fundaron el pueblo y en él se quedaron para siempre.

Digo yo que podría haber sido así. Los Montero-Estella están; los demás, pasamos.

Pero así no fue, porque yo he conocido a gente —los viejos del lugar, quebradizos rucos que guardan en las arrugas sus temblorosos recuerdos— que los vio llegar al pueblo como salidos de la nada, envueltos en la tierra-sudario del camino, polvo reseco y sediento adherido a sus rostros, enyesándoles la tez como el maquillaje de las viejas hetairas romanas de túnicas cortas que vendían su carne por los albañales de la ciudad o junto a tapias de

cementerios o en sombríos fornices prostibularios, con las mejillas cuarteadas y los pechos al aire: lobas capitolinas, nutricias, fundadoras, meretrices madres imperiales, lupas de lupanar.

¡Ah, no! Ellos eran jóvenes, dueños de una fuerza insolente, derramando vigor a cada paso, enhiestos cuerpos orgullosos y dignos, aunque con las manos vacías, casi desnudos, la mirada franca, valerosa; sin insolencia pero sin sumisión. «Adán y Eva parecían», me dijo alguien que jura que los vio llegar bajo un sol frío. Mi abuela Dolores, con la azada en las manos y los ojuelos achinados escrutando el horizonte alborotado de nubes, también estaba entre quienes contemplaron la aparición. «Nada más verlos allí, en lo alto del otero, acuchillados por el viento, recortados contra el cielo, pie a tierra junto a sus caballerías flacas, uno al lado del otro —magros y hambrientos se los veía, pero roqueños—, supe que esos dos darían que hablar, que estaban tocados por la mano de Dios», decía cada vez que se hablaba de ellos. «O del diablo», añadía lúgubre y pensativa, pero con un rescoldo de sonrisa que, según parece, sólo yo sabía ver.

Mi padre llegó a ser uno de los administradores de Leonardo Montero-Estella, primogénito de Lorenzo y Leonila —los fundadores venidos del diluvio— y padre de Aurelín, mi amigo de la infancia, mi compañero de juegos. ¡Qué de vueltas, la vida! Viví en su casa hasta los dieciséis, cuando me fui de Leontiel a estudiar al seminario, dejando atrás mi niñez y mi pubertad, a mis padres, a mi hermana Palmira y a la bella Rita, sonrisa de caramelo, que se quedó con él, con Aurelio, y que un buen día dejó de contestar a mis cartas, no sé si por vergüenza o por desdén.

Se equivocó mi Rita y me lo reconoció años después, aunque para entonces ni su error ni ella me importaban ya.

Aurelio sólo me lleva un año. Mi padre, como he dicho, trabajó para el suyo y también mi madre, y mis abuelos para sus abuelos.

Si alguien conoce bien a los Montero-Estella, suponiendo que eso sea posible, podría ser yo. Lo del guion en medio, por cierto, vino después. Estella era el apellido de doña Leonila, la mujer del gran patriarca, pero su primogénito, Leonardo, padre de Aurelio (y de Sancha y de Leonor, y tal vez de otros que puedan andar por ahí, asilvestrados), le hizo caso a su ambiciosa mujer, la medio húngara de hombros de ondina, y obtuvo el cambio legal de los apellidos, quedando el primero compuesto por los que hasta entonces habían sido dos, y adoptando como segundo el segundo de su madre. Mas para los leontielanos, durante cuatro generaciones, todos ellos y sus descendientes fueron los Montero-Estella en las solemnidades y los Montella en el tedioso desgranarse de los días.

«Dejaban de aullar el viento y los lobos de la sierra al escuchar esos nombres, Ramirín».

En Leontiel las cosas pasaban despacio. Tanto que hasta se podía pensar que no pasaban. Tanto que ni siquiera la historia parecía conocernos y los cambios que trastocaban muchos pueblos cercanos, de los que a veces teníamos noticia, daban un azarado rodeo para no entrar en el nuestro y retomaban su curso una vez esquivado. Los Montero-Estella eran un dique poderoso que desviaba esas aguas revueltas hacia donde no podían hacer daño, y sólo los más avisados oían el rugido de las avenidas por las ramblas de las afueras y después nos venían con el cuento, pero como entre dientes, a hurtadillas, temerosos de que viniera a saberse que lo habían oído.

La gente de Leontiel había perdido toda urgencia porque los Montella eran la eternidad y nada en ella corre prisa.

Cuando el desembarco de Alhucemas, del que tampoco se supo gran cosa en Leontiel, don Lorenzo, que estaba para cumplir los treinta y era ya rico y temido en la región, organizó un ágape al que asistió todo el pueblo. Fue el primero de muchos banquetes públicos que costearon Lorenzo y Leonila a lo largo de los años.

También repartían grano y aceitunas entre la gente y durante sus matanzas regalaban con largueza las asaduras y los mondongos: sus dádivas eran como las de los verdaderos antiguos.

Cuando terminó la comilona de lo de Alhucemas, don Lorenzo anunció su decisión de renombrar la plaza principal con el nombre de Miguel Primo de Rivera, asegurándose de que la noticia le llegara al general, quien le respondió de su puño y letra para protestar su gratitud. He visto esa carta; Aurelín me la enseñó varias veces con orgullo. La plaza recuperó su nombre original, también por deseo de él, unos años después, en cuanto Primo abandonó el poder.

Hasta la Guerra Civil pasó por Leontiel como un eco lejano. Dio que hablar, sí, pero poco más dio, según les tengo oído a mis abuelos y a otros paisanos. Hubo discusiones y palabras altisonantes, pero no paseos nocturnos ni fusilamientos en tapias ni cadáveres amontonados en algún caz reseo de las afueras ni se afeitó la cabeza de ninguna mujer ni ardieron conventos ni caparon sacristanes ni ultrajaron crucifijos. Unos escupitajos desdeñosos, unas danzas obscenas en la plaza —descoyuntamiento de caderas y lametones de rijoso anís dulzastro-calostro alrededor de los labios— y un alcalde monárquico que duró lo que un chubasco de agosto, destituido en medio de una algarabía y reemplazado por un maestro de Izquierda Republicana que admiraba a Robespierre y al Supremo Hacedor, pero que nunca dejó de acatar el imperio de los Montella y que, no obstante, fue pronto relevado por un falangista enardecido y virilón, de mañas pintureras, con canana al hombro y pistolón al cinto, que designó el propio don Lorenzo: «Robertazo lo hará bien», y lo pusieron. «¡Viva Robertazo!». «¡Viva!».

Robertazo, ¡qué cosas!, murió no mucho después, pese a tanto viva y tanta jarana, en una balacera, como un Juan Charrasqueado cualquiera: un marido despedido —y eran muchos— lo mató;

*un tal Florido,
un cornúpeta corrido
que se salvó del garrote
al apelar a su hombría,
a la fe de sus mayores
y a su honor manoseado,
que el cornalón defendió siempre con ardor, según atestiguó un capellán
castrense involucrado en el asunto, nomás de puro metomentodo.*

Sin embargo, cautos como eran (su gran secreto: ser cautos y resueltos a la vez; ¡cómo lo admiro!), Lorenzo y Leonila enviaron a sus tres hijos a Biarritz, a cargo de una institutriz, Madmuasel —linda piruja que años después, ya pelleja, se vino a Leontiel para hacerse cargo de Aurelín y los otros Montellita—, a dejar pasar la guerra mientras aprendían francés y se refinaban en lo mundano.

—Desbástemelos.

—*Oui, Monsieur.*

Mi abuela estuvo a punto de ir con ellos para atenderlos, pero al final Leonila decidió no prescindir de ella. Siempre a su lado la quería, y los niños debían valerse por sí solos.

Leontiel, pues, era un pueblo adormilado y sólo parecía despertarse con los vendavales de otoño.

Todavía hoy, cada vez que sopla el gallego, que se abalanza sobre el pueblo como a traición desde las Peñas Cuchillas, la gente se sobrecoge al ver y oír álamos y olmos enloquecer de dolor, aullar y agitar como demonios del monte sus ramas y sus copas, convertidas en sonajeros del infierno, como si quisieran, a fuerza de tirones, descuajarse del suelo con tal de escapar de aquella locura desatada. Pura insania. «El viento sopla así porque estamos a sotavento de las Cuchillas y se despeña barranco abajo», solía decir Pepe Acebes, el mancebo de la farmacia, que era montés y montero y tenía una rehala de alanos matajabalíes que era la envidia de la provincia y más allá, y se le disputaban los machos para los cubrimientos y él se llevaba buenos cuartos por el padreo. «El efecto Venturi; es el efecto Venturi, señores. Por culpa del desfiladero, claro,

que nos tiene enfilados, valga el retruécano», puntualizaba don Cosme, su jefe, un hombre a la antigua y gran aficionado a la física.

De pequeño me ganaba algunas pesetas haciéndole recados: llégate hasta allí, tráeme algo de allá.

Lo poco que sucede en Leontiel digno de recordación siempre ha tenido que ver con la familia de Aurelín. De niño nada me gustaba más que escucharle a mi abuela Dolores sus largas historias de aquellos días de su primera juventud. De entre todas las que contaba, sus favoritas, y las mías, eran las de los Montella, de los que parecía saber un incontable número de aventuras y secretos. Muchos días, al salir de la escuela, corría a las cocinas a merendar torrijas o librillos de miel, pero, sobre todo, a escuchar aquellas andanzas que ella sabía relatar con viveza. Su gusto por contármelas —con aquel su hablar reposado, mientras hurgaba en el brasero con la badila y me señalaba la fuente de torrijas, que llenaban la estancia de olor a canela— contrariaba siempre a mi abuelo, que oscurecía la mirada y se iba a fumar rezongando al soportal, o al zaguán si hacía malo.

De sus orígenes nunca hablaron Lorenzo y Leonila. «Lo pasado se lo llevó el río», dicen que contestaban siempre, así que nada se supo nunca con certeza, aunque, claro está, no faltaron leyendas ni habladurías.

Mi abuela me contó que al poco de llegar al pueblo se instalaron en un pequeño corral, casi a la intemperie, apenas una techumbre destejada, detrás de una ermita que había en el altozano donde ahora se levanta, altanera, su inmensa casa familiar: el Palacete, que llamamos. Allí les peleaban el espacio a algunos perros flacos y a un mulo medio loco, aspirante a zaino, matalón y mordedor, abandonado por sus dueños. Malhaya. Cuando arreció el frío, una vecina compasiva los acogió en su casa. Era una mujer mayor y huesuda, Camila la Espingarda, y pobre,

con un nieta subnormal que sólo emitía vagidos y al que años después se enterró —y allí sigue enterrado— en el panteón de los Montero-Estella por voluntad de doña Leonila, que se entregaba a la gratitud con tanto ahínco como a la venganza.

Se los veía a veces por el pueblo, siempre juntos, casi pegados uno a otro, sin hablar con nadie y casi ni entre ellos, «pero si los mirabas te miraban y nunca eran ellos los que apartaban la vista. Así eran esos dos». En los puestos de la plaza, adonde a veces iban a comprar verduras y legumbres, tasajos baratos y alguna hoja de bacalao para espizcar, era ella la que hablaba, señalando con gesto decidido y las palabras justas lo que quería, mientras él aguardaba detrás, clavando sus ojos en el pilón de la romana, asegurándose de la pesada.

Llegaron al pueblo en octubre de 1917, cuando los bolcheviques, allá en San Petersburgo, asaltaban el Palacio de Invierno y lo ponían todo perdido. Don Cosme, el farmacéutico, hombre de imaginación animosa, conocido también como don Cacodilato por su fe ciega en las propiedades taumatúrgicas de esa sustancia que a todos encarecía, se persuadió a sí mismo, años más tarde, de que Lorenzo y Leonila, los fundadores de la dinastía, habían sido en realidad aristócratas rusos que se exiliaron a las primeras de cambio para salvar el pellejo y que por eso ocultaban con tanto celo su pasado. «Fíjense, si no, en su nombre; en el de ella, digo, y ya me dirán ustedes. Leonila. Anda que no...». Cuando le preguntaban cómo hablaban tan bien el español si eran rusos recién llegados, él, impertérrito, respondía que era cosa sabida lo exquisito y completo de la educación que se impartía a los vástagos de la corte de los zares. «Consideren ustedes, señores míos, que muchos de ellos estaban llamados a ser amiguitos del zarevich y ellas, damas de la zarina. Además, para mí que eran rusos blancos», añadía, y eso, según él, debía aclararlo todo definitivamente y zanjar cualquier disputa; los demás

se quedaban pensativos, preguntándose cómo serían los rusos negros. De todas formas, aunque nadie se tomaba en serio aquellas ocurrencias del bueno de don Cosme, lo escuchaban sin llevarle la contraria porque se divertían con su hablar relamido y la expresiva mímica de su rostro, barbiluengo y cano como el del fraile del higrómetro que exhibía en cuanto barruntaba un cambio del tiempo. «Sepan ustedes que este ingenioso instrumento, este curioso y delicado artefacto, usa cabellos de mujeres jóvenes y rubias de raza eslava —rusas, vamos—, que son los más sensibles a la humedad». Me gustaba escuchar sus peroratas, sentado en un discreto rincón del bar Longinos, donde celebraban algunas de sus tertulias divagatorias. «Longinos, Longinos —tronaba don Ramón, el cura faldero, cuando se sobrecargaba de vermú—, le traspasaste el costado con tu lanza a Nuestro Señor y al punto salió sangre y agua, como la que tú echas en el vino, hijo de mala madre».

Pero volvamos a 1918. He de guardar un cierto orden en esto o se me irá de las manos. Se supo por la Espingarda que Leonila tenía entonces diecinueve años, dos más que mi abuela, y Lorenzo veintiocho. Este, al parecer, se daba buena maña como carpintero y pronto consiguió emplearse con Emilio Yecla, *el Ronco*, a cambio de techo, comida y poco más. El Ronco, hombre de posibles, criaba ovejas, poseía olivares y era dueño de la mayor almazara de la comarca; el joven Lorenzo levantaba cercas y corrales, reparaba rediles, fabricaba abrevaderos que calafateaba como si fueran barcas y, por si fuera poco, aprendió a esquilar a una velocidad que no parecía de este mundo y reveló un don natural para sacar los mejores vellones; pronto estuvo entre los más diestros del difícil oficio.

No tardó el Ronco en ofrecerle trabajo también a Leonila, como lavandera, porque, según explicó a toda la servidumbre de su casa sin que nadie se lo hubiese preguntado, la encontraba una muchacha bien dispuesta. Al incorporarse ella a las faenas de la finca se les asignó un

cuarto en la casona de los pastores y pudieron, por fin, descansar en un catre con jergón, después de Dios sabe cuánto tiempo de dormir en el suelo con un poco de paja o una manta por colchón.

Aunque eran de poco hablar y apenas si se relacionaban con sus compañeros —lo justo para poder realizar con diligencia sus cometidos—, nunca negaban un favor, siempre agradecían los recibidos y echaban una mano cuando se lo pedían. Con su carácter serio y trabajador se ganaron pronto el respeto de los demás. «Lorenzo Montero era un hombre guapo», musitaba mi abuela, mocita de apenas diecisiete por aquel entonces, cuando mi abuelo no podía calarle los suspiros.

Fue un domingo de marzo cuando el Ronco —que ya llevaba semanas zanganeando más de la cuenta por la gran pila de piedra negra donde las lavanderas se azacaban con las coladas— dio su mal paso.

Leonila y otra muchacha, ninfa y asustadiza, estaban en el lavadero terminando de cocer el agua con cenizas para fabricar lejía, antes de ir a reunirse con las demás mujeres, todas ya con la ropa de mudar y las toquillas sobre los hombros para bajarse al pueblo en los carros —mulas jacarandosas, colleras de colores, bridones con cascabeles, tilín tilín— a la misa de doce, talán talán. Los hombres, como siempre, se habían bajado antes y hacían tiempo en la taberna de Nazario, de naipes sobados, escudillas de altramuces y vasos de anís y cazalla. El reverbero de las campanas llamando a los fieles llegaba hasta la finca del Ronco como un son quejumbroso, entreverado por el chachareo de las perdices, siempre ocultas. El Ronco, endomingado, agitado, engallado, entró con paso fuerte y despachó con prisas y voz agria a la mozuela asustadiza, y cuando aún se apresuraba esta en salir al patio, trastabillando por el susto, se encaró con Leonila y la agarró por los hombros.

—Vas a ser buena conmigo como lo soy yo contigo. Contigo y con tu marido... bueno, tu marido o lo que sea, que tú ni estás casada ni nada, ¿a que no?

—Déjeme, no me toque —le oyó decir la muchacha a Leonila, mientras les hacía señas temerosas y urgentes a las demás mujeres de que se acercaran.

Nadie la oyó proferir ni un grito durante el forcejeo que siguió, largo y violento, en el que el Ronco sólo consiguió rasgarle la chambrá y las sayas, desnudando sus pequeños pechos altivos y sus largas y vigorosas piernas, hechas para atenazar la cintura de los hombres. Leonila arañó, mordió, pegó y dio patadas, pero sin que de su boca se oyera más que un repetido siseo lleno de odio, como el silbo de una serpiente: «Perro sarnoso», «perro asqueroso». Fue el Ronco, encendido por la rabia y el rijo, quien gimió gruñó escupió blasfemó insultó amenazó y golpeó con saña, y cuando parecía que su fuerza estaba a punto de imponerse a la resistencia de la hembra, Lorenzo, salido de la nada, le cayó encima con toda su cólera muda, que desde entonces fue reverenciada en Leontiel. Su cuerpo enjuto, un sarmiento seco al lado de la nutrida corpulencia del Ronco, estaba electrizado, erizado de furia. Desde fuera las mujeres asomaban las cabezas al lavadero, rezaban y gritaban y pronunciaban jaculatorias; Leonila, caída en el suelo, la espalda apoyada en la pila sin reparar en sus pechos desnudos, miraba inmóvil la pelea, sabiendo que su obligación era dejar que su hombre se las ventilara solo, aunque sus ojos en llamas pedían muerte.

El Ronco, ciego de rabia, lanzaba espumarajos por la boca y golpes al aire con los brazos, rebudiaba como un jabalí acosado y dilataba los ollares resoplando como un caballo a punto de reventar, mientras le caía sobre el rostro, pronto cubierto de sangre, un alud de golpes secos como trallazos y unos puños de piedra, invisibles de rápidos, le tundían las costillas.

Pero lo estremecedor de aquella riña de gallos, lo que más impresionó a quienes la vieron y a todos los que después oyeron referirla, fue la callada hombría de Lorenzo. El estrépito de los tablones quebrándose bajo el peso violento de los cuerpos, de los barreños y pozales chocando y cayendo al suelo y de los balidos de las borregas que se apretujaban asustadas en un redil cercano, se mezclaba con los rugidos y las blasfemias del Ronco, que pronto se tornaron aullidos de dolor, de ira, de vergüenza. Pero de la boca apretada de Lorenzo Montero, como de la de Leonila poco antes, no salió ni un sonido y todo él, un demonio, parecía concentrado en un solo propósito, fuera del cual nada existía: golpear a su rival, doblegarlo y aun matarlo si hacía falta, y marcar para siempre un territorio que fue inviolable desde entonces. Al final el Ronco perdió el sentido y cayó boca abajo. Lorenzo, entonces, salió del lavadero con su mujer en brazos, sin decir palabra ni torcer el gesto. Bajo el sol a plomo refulgían ambos. Cruzó el patio, donde las mujeres se santiguaban entre grandes montones de carozos, y atajó por la caballeriza vieja bajo la mirada de un burdégano indolente que los miró pasar con sus ojazos de cristal como ciruelas asombradas y endrinas, y se metió en su casa como si nada hubiese sucedido.

Después de aquella demostración de voluntad y casta, Lorenzo y Leonila —juncos que se cimbran sin quebrarse nunca— se convirtieron en leyenda y lo siguieron siendo hasta su muerte. Entre sus hijos y nietos hubo luego de todo, pero ninguno llegó a ser como ellos. Con Lorenzo Montero y Leonila Estella se rompieron los moldes, como suele decirse.

«¿Sabes lo que decían algunos, Ramiro?», cuchicheaba mi abuela haciendo como que me preguntaba. «Que Lorenzo sabía lo que iba a pasar y por eso estaba allí, en vez de con los demás hombres en el pueblo. Que lo había preparado él; que le había dicho a su mujer que lo provocara, pero yo no me lo creo», añadía tras una breve

pausa, siempre con la misma expresión misteriosa de saber algo que nadie más sabía.

Cuando los hombres se enteraron de lo sucedido, hubo gran agitación y todos andaban preguntándose y ahora qué. La misma tarde de la pelea, Juana Daroca, la patrona, la mujer de Emilio, se plantó, imperiosa y flanqueada por sus hijos de once y doce años y con su hijita de siete meses al brazo, ante la casona de los pastores, y mandó salir a Leonila. Iba a echar de allí a pedradas a esa mala puta, aullaba, que iba tras los maridos de las demás, y al malnacido de su hombre, que así pagaba lo que se hacía por ellos. Salió Lorenzo, bien peinado, con la raya en medio y las crenchas brillando como el azabache, esparteñas nuevas y un chaleco ajustado, abotonado desde la cintura hasta el cuello —orgulloso álamo—, y se quedó bajo el dintel con las manos colgando de los bolsillos por los pulgares. Imposible creer que aquella serenidad imperial viviera en un rostro de veintitantos años. En cuanto sintió su mirada clavada en ella, a Juana se le heló la lengua: palabras colgadas como carámbanos en los aleros de diciembre; quiso, al menos, sostenerle la mirada y cuando vio que tampoco podía, se dio media vuelta seguida por sus críos, con la mamona en los brazos y el rabo entre las piernas, y se fue masticando su rabia y su odio sin poder cumplir sus amenazas.

Emilio el Ronco no salió de su casa en varios días y cuando por fin lo hizo, con la cara de un eccehomo y los ojos rencorosos y acarbonados, fue para acompañar a la pareja de guardiaciviles que se llevaron a Lorenzo esposado al cuartelillo, donde pasó dos días con sus noches. El cabo Higuera, encorvado sobre un escritorio carcomido, tallaba a la luz de una palmatoria pequeñas piraguas de madera con su navaja, tarareaba coplas de mujeres bravías y maridos burlados y le decía a Lorenzo que no tenía nada contra él, pero que se había metido en un buen lío.

Mi abuela siempre bajaba la voz al contarme esta parte de la historia. «Salió como entró, con esa sonrisa fina tan suya en la boca. La cara no se la tocaron, pero darle le dieron. Algunos lo vieron al día siguiente sin la camisa y quedaron espantados».

Parece que convencieron al Ronco de retirar la denuncia, porque iba a ser difícil meterle mano a un marido, casado o no, que defiende su honor y la honra de su mujer, y encima con testigos, pero conminaron a Lorenzo a abandonar Leontiel en unos pocos días o a atenerse a las consecuencias, que no habrían de convenirle ni a él ni a Leonila. Decían que les apretaron bien las clavijas, que todos los días recibían la visita del cabo Higuera y del guardia Coblenza, alto y desgarrado, con sus cabezas acharoladas y los grandes mostachos que hablaban de probidad, de hombría, de disciplina. Se quedaban a solas los cuatro y nadie oyó lo que se decían, pero todos, en la casona, estaban seguros de que hubo amenazas y oyeron más de un puñetazo sobre la mesa. Se cruzaban apuestas sobre cuánto tardarían en levantar vuelo y desaparecer, pero entonces sucedió algo que sorprendió y amedrentó al pueblo entero.

La hijita de Emilio el Ronco, la mamoncilla rechoncha y atezada de siete meses, desapareció a las dos semanas de la pelea. Esa mañana su madre la dejó en la cuna tras amamantarla y cuando volvió, la niña ya no estaba. «Zas, se la llevó Caplán» —mi abuela y sus decires—. Se comprobó que no la tenía nadie de la casa y entonces empezó la algarabía y el revuelo de carreras, idas y venidas. Juana gritaba órdenes que no se entendían y pronto sus gritos fueron sólo alaridos que helaban la sangre. «¡Mi Manuelita! ¡Ay, mi Manuelita, que me la robaron». Llegó el Ronco acompañado de varios hombres y empezaron a buscar, primero por la casa y luego por los corrales, rediles y graneros, pero la niña no aparecía.

«Vinieron a llamarnos a varios vecinos y allá que nos fuimos, en ca los Roncos, a esperar a la Guardia Civil. Daba pena ver a la Juana, y eso que a mí esa desalmada nunca me gustó. Nada más llegar, el cabo Higuera dio órdenes y organizó grupos para buscar por varios sitios. Nos echamos al campo y ni sé cuántas horas caminamos. Seguimos buscando con candiles y teas hasta bien entrada la noche, negra que ni un lucero ni luna ni nada, y al final nos retiramos sin haber encontrado rastros. Nada. Y así tres días, sin parar de buscar desde que salía el sol».

En cuanto se suspendió la batida sin haber dado con la cría, los guardias vinieron a por Lorenzo y Leonila y los llevaron a empujones, seguidos de medio pueblo, a la cuesta del Moro. Se pronunció la palabra lapidación. Allí esperaron un buen rato hasta que llegó otra pareja de civiles, a caballo, venida de La Ballesta por veredas amarillas y ramblas de chinarras y ortigas, para conducirlos a la capital con las manos atadas por delante. Cuerda de presos.

Pero a los seis días, ante el asombro de todos y la furia de Juana, «han sido ellos, han sido ellos», estaban de vuelta. «Se conoce que no pudieron sacarles nada y hubieron de soltarlos». Volvieron a cobijarse en el corral del altozano, porque esta vez la Espingarda no los acogió, por miedo a los Roncos, aunque les llevaba una olla de coles o acelgas con el ángelus. Durante unos cuantos días apenas se los vio en el pueblo, pero un atardecer mi abuela y su madre, volviendo del campo, vieron a Lorenzo y a Emilio hablando detrás de unos almiarres, como si no quisieran dejarse ver. «¿Y sabes qué? Pues que no se lo dijimos a nadie, aunque aquello era muy raro. Mi madre era de no meterse donde no la llamaban. Tú, barbián, aprende y haz como ella».

Por fin, casi un mes después de la misteriosa desaparición de la criatura, Sancha la Mulera, viuda joven y de buen ver que trabajaba para Juana en faenas de la casa, cocinando gachas, sacudiendo colchones y oxeando las

grajas que venían al huerto a robar semillas, y que dormía en un cuartucho junto a la cocina, se despertó en mitad de la noche por unos ruidos extraños y cuando salió a averiguar, encontró a la criatura, enrollada en una manta raída, que la miraba con los ojos de par en par desde dentro de la artesa, entre pegotes de masa y polvo de harina, frente al fogón donde boqueaban rescoldos. Con el torpor y la sorpresa, Sancha dio un respingo y se golpeó la cabeza con una espetera, de la que cayeron cazos y cucharones. El estrépito de los cacharros y el llanto de la niña asustada despertaron a toda la casa. Juana bajó en un santiamén, guedejas revueltas y camisón sudado sobre sus flacas carnes, y estrechó a Manuela contra su pecho estriado, gritando que la había traído de vuelta su ángel de la guarda. Algunos hombres, perplejos o suspicaces, rascándose las mejillas ásperas, acribillaban a Sancha a preguntas, mientras se fijaban como halcones en sus tetas jadeantes, pero «yo no sé nada» era lo único que les contestaba. Todos se preguntaban quién la habría traído de vuelta y dónde habría estado todo ese tiempo, que se la veía tan lustrosa y vivaracha. El Ronco, sombrío dos pasos atrás, guardaba silencio.

Tras aquel extraño episodio que aún hoy, un siglo después, se comenta en Leontiel como cuento de viejas para matar el muermo de los días ventosos —las mismas sospechas, las mismas lucubraciones, las mismas incertezas, las mismas convicciones pasadas de padres a hijos—, muchas cosas empezaron a cambiar.

La reaparición de la niña aquietó algo las aguas y cuando el cabo Higueras dejó de molestarlo, Lorenzo se ausentó del pueblo dejando a Leonila, para sorpresa de todos, alojada en la posada Los Arcángeles, donde dijo que iba a ventilar asuntos de una pequeña herencia y que volvería en unos días.

«¿Herencia estos desharrapados?», desconfiaba Prisca, la de Los Arcángeles.

Se marchó a lomos del mulo loco del corral, que había amansado con su voz y ya no le amusgaba las orejas ni hacía por morderlo, porque se ve que tenía un don para hablar con los animales, como dicen de los seres de ultratumba.

Al cuarto día dejó el mulo en el corral de una posada y siguió tres días más adentrándose en tierras embrumadas, por donde las mujeres tienen fama de enredar a los hombres para siempre con sílabas dulces y decires melosos. Caminó por montes más y más escarpados, cubiertos por fragas de carballos y de apretados castaños, de afrutados acebos y de espinos hirsutos entre los que apenas cabía un hombre. Se dejó jirones de piel en las zarzas, cruzó ruidosas torrenceras espumosas y llegó, ni él supo cómo, a una capilla abandonada en cuya cumbre cacareaba a veces un gallo fanfarrón. A pocos pasos estaba la choza maltrecha de la vieja Calandria, con sus cabellos ralos sembrados aquí y allí de impenetrables cadejos, aunque Lorenzo supo ver la belleza que hubo un día en aquel rostro.

«Pasa sin que el miedo te detenga, hijo de Ordoño y de Hilerna, y que no te arredre mi vejez. También yo olvidé pedir juventud cuando pedí, y para mi mal me dieron, una vida interminable. No tendrás tú esa maldición.

»Esto te digo: deshaz ahora tu camino. Regresa a donde el galope de tus monturas os llevó a ti y a tu mujer, y enseñórate del lugar, de sus cosechas, de sus rebaños y de sus moradores. Ve y sé Rey».

Y Lorenzo cruzó de nuevo las tupidas fragas y vadeó los impetuosos torrentes y regresó a los catorce días para sorprender otra vez a los leontielanos con la compra de la casa de doña Amparo Quiles, una tía abuela del farmacéutico, muerta hacía unos meses. Don Sebastián Quiles, sobrino de la finada y padre de don Cosme Cacodilato —a quien había legado su hablar relamido—, no reveló el precio de la compraventa, pero dejó caer que semejante mansión no podía ser barata. «Mi amada tía, Dios la tenga en su santa gloria —y la tendrá, pues era justa y buena, aunque se gastara su genio—, tenía claro cuánto valía su casa y por cuánto había de venderse. Más

no puedo decir, por respeto a la muerta. Compréndanme, señores. Mis labios están sellados».

La casa de la doña,

años después la derribó Leonardo para levantar tres bloques de pisos al calor de los sindicatos verticales de los yugos y las flechas,

era grande, según mi abuela, que sirvió en ella tres años, antes de que se mudaran a su nueva mansión. «Tres plantas tenía, Ramirín: la baja para recibir, la primera para dormir y asearse y la de arriba para nosotras. Y si vieras qué escalera, toda de mármol y con barandillas de bronce; en el primer rellano se abría en dos ramales y doña Leonila se empeñaba en que uno era para subir y el otro para bajar. ¡Ay, si te pillaba haciéndolo al revés! Era su única manía, ¿sabes? Subir por aquí, bajar por allá. Y qué estancias, Ramirín, más grandes. Qué ventanales más hermosos; cabía el mundo por ellos. Eso sí, limpiarlos daba un trabajo del demonio y me tocaba hacerlo a mí». Creo que mi abuela fue feliz en aquella casa que aspiraba a solariega con un gran patio trasero, vallado y protegido por un emparrado donde caracoleaban pámpanos y zarcillos y bajo el que las criadas contaban chismes y esmotaban alubias.

El gran desconcierto —un escándalo, en verdad, sólo acallado por un incipiente miedo, heraldo de otros miedos por llegar— se produjo poco después de que Lorenzo y Leonila se instalaran en la vieja casona, antiguas glorias, de doña Amparo Quiles. Un domingo radiante y apacible que ya olía a verano y a pomales en flor estalló la noticia de que el Ronco le había vendido a Lorenzo Montero la almazara y un olivar de casi dos mil árboles, uno de los más norteños del país (más arriba ya sólo hay matorrales y hayedos por donde merodean las hocicudas martas). Alguien aventuró —porque así lo había entendido de un conocido en posición de saber— que el precio pagado había sido irrisorio. La noticia asombró a todos en el bar del casino y encalabrinó a unos cuantos que ya recelaban

de Lorenzo y de Leonila, de su orgullo, de su independencia. El Ronco, antes de que pudieran preguntarle nada, apuró el vermú de un trago y salió sin despedirse, con las mandíbulas apretadas y la mueca hosca.

«Se habló mucho aquellos días, ¿sabes, Ramirín?, pero siempre cuchicheando. Dizques y murmurios. Nadie decía a las claras lo que pensaba, pero yo creo que todos pensábamos lo mismo. Lo que sí sé es que Leontiel cambió desde entonces. Para mí también. Al poco de mudarse a la casa de doña Amparo, doña Leonila mandó llamar a mi madre y le dijo que quería que yo entrara a su servicio. ¿Te percatas de lo que te estoy diciendo, mi niño? Doña Leonila tenía diecinueve años, sólo dos más que yo, y mi madre no se atrevió ni a rechistar».

Mi abuela Dolores fue la primera de mi familia en trabajar para los Montero-Estella. Cuando se casó con mi abuelo Gerardo, tres años después, le dijo al ama que su obligación era seguir a su marido, que estaba por irse a México, pero ella le dijo que ni por pienso, que la siguiera él a ella, así que le dieron trabajo en los olivares y las almazaras.

Jesús Ariza Quintana, mi padre, nació ya en el Palacete, bueno, en uno de los dos galpones contiguos, pero a mí ya se me dejó salir al mundo en la planta alta del Palacete mismo. «Si tú eres como de la familia», me decía Aurelín cuando éramos pequeños y quería hacerse perdonar algo.

La historia de mi familia, mi historia, siempre enmarañada en la de los Montella. Lo he intentado toda la vida, pero nunca pude desenredarme del maldito ovillo.

«Sé de ellos más que ellos mismos, porque yo recuerdo hasta lo que ellos ya olvidaron». Eso decía mi abuela, que toda su vida escuchó tras las puertas y vino a saber que Lorenzo aún era analfabeto y que fue su mujer quien le enseñó a leer. Un día la reina Leonila la pilló espiando, pero no la regañó, sino que le sonrió con picardía y le preguntó